



DEDICADA AL REY NUESTRO SEÑOR.

Por su Autor y Pintor de Cámara José Aparicio.

En los años de 1811 y 12 el Pueblo de Madrid valió al extremo de la miseria y de la hambre por sus mismos enemigos rechazó sobre ellos la degradación, prefiriendo la muerte á la esclavitud á exemplo de los inmortales Námantinos. No se veían por las Calles y Plazas de Madrid sino esqueletos todavía calientes, y moribundos agonizantes que arrojándose á porfía los miserables restos de algunas vegetales inmundas, luchaban inútilmente contra los estragos de la hambre caracterizados ya en la hinchazón de las extremidades de sus miembros, en el estorimiento de sus semblantes y en la ansiedad con que manifestaban querer devorar con los ojos lo que no podían haber á las manos. El célebre Autor del cuadro que inmortaliza este triunfo de la constancia y lealtad Española, ha escogido el momento en que tres guerreros, toda vía sensibles á las voces de la humanidad ofrecen el alimento á un joven estenuado que le mira, y se cubre el rostro para no verlos; su indignación, la dolorosa expresión del semblante del respetable anciano que tiene á sus pies los cadáveres de su hijo y nieto, la resolución con que se prepara el Madrileño vulgar á vengar como un nuevo ultraje la piedad de los guerreros, y el estupeor y sorpresa de estos al ver tan heroico desecho, no dejan que desear al observador imparcial para apreciar en su justo valor el carácter de un Pueblo generoso que quiso mas bien morir, que vivir bajo otra dominación que la de su legítimo Cautivo Dueño.